



R. Rafael. autor.

Lit. de Duvorn.

La mujer de Putifar.



LA MUGER DE PUTIFAR.

En el delirio de un amor burlado
Lo que puede muger enfierecida
Quién ignora!...

(Virg. Eneid. V)

La muger, así como tiene vicios, tiene también virtudes que le son peculiares. Su organización es viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo de tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad: huye, vuelve, desaparece para volver todavía y luchar siempre, hasta que triunfa por la importunidad, que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo; pero cambia de medios, y sabe engañar sobre la fijeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus más hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y disfraza con una calma aparente y con estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus más gratas esperanzas. Su imaginación sutil, á manera de prisma, descompone el pensamiento en tintes tan numerosos como deli.

cados, para que no llegue sino hasta el grado y bajo el colorido que ella quiere; y en efecto, estos visos de que se vale para deslumbrar, vienen al instante, y como por un encanto, á confundirse en la rápida afluencia de sus palabras y sobre su móvil fisonomía, hasta el punto de que nadie sospechará el menor estudio donde hay tanta espontaneidad, ni la menor reserva donde se vé toda la desenvoltura de la franqueza. Lo bueno, al pasar por ella, parece tomar ciertas proporciones angélicas; pero en el mal, parece obedecer á satánicas inspiraciones: nacida para compadecer, se dá en entonces á sí misma un corazón sin piedad; dulce y tímida por carácter, se transforma en arrebatada y furibunda. Dios la había revestido del pudor, y ella hace ruborizar la frente del hombre. En sus grandes odios, que son sordos y pérfidos, dijérais que siembra escollos por vuestro camino, y su lengua os despedaza con mordeduras secretas y envenenadas. Si quiere vengarse de vosotros, no podréis romper la red de mañosas imposturas en que os habrá envuelto: su venganza toma mil formas, su furor se multiplica: no, no venceréis, porque aun cuando salierais de la lucha con la virtud de un ángel, vuestros desígnos no obstante quedan los de un hombre, y serán perseguidos y fatigados sin fin por las cobardes y negras fechorías de un demonio.

La muger, pues, que es el ornamento de la humanidad por la delicadeza de sus formas, que revelan una alma aun mas delicada, por la viveza de sus sensaciones, por la frescura de su fantasía, por el esmalte de sus virtudes apacibles, por la ternura inagotable y por la constancia de su corazón, que la lleva á veces hasta el heroísmo; cuando deja hollar su noble índole y degradar su dignidad por un desnivelado orgullo ó por una pasión indomable, es el ser mas repugnante y monstruoso, y por el abuso criminal de sus bellas y seductoras calidades se transforma en un tipo de deformidad moral, que nos hace recordar alguna idea del infierno, como las furias del antiguo Tártaro.

Tal aparece la muger de Putifar: sigue con un vergonzoso frenesí los malos instintos que la asaltan: su propia dignidad, sus deberes de esposa, la condicion de un esclavo, la natural y atractiva belleza de la virtud, nada llama ni reanima el honor que sucumbe en este corazón, atacado como pueden serlo todos los corazones, pero vencido como lo son todos los flacos de espíritu. Toda pasión, á menos de ser brutal, debía extinguir sus fuegos al sosegado menosprecio y á las púdicas resistencias de José: toda alma elevada hubiera concedido, ya que no una estimación generosa, á lo menos el beneficio del perdón á las graves lecciones de aquel jóven, y á la pureza de sus nobles sentimientos. Mas la odiosa muger se indigna y se irrita: cubre su crimen con el manto de la fidelidad conyu-

gal; la calumnia arma sus labios; en sus manos hipócritas los testimonios de inocencia dejados por la víctima se convierten en pruebas de culpabilidad; hasta su venganza trae la marca de cobardía y degradación: la orgullosa señora, libre, poderosa y respetada, no halla en su corazón burlado, para castigar un esclavo virtuoso, otros recursos que la infamia de la mentira y el desquite de la crueldad, las solas cosas sin duda que se hallan en los ángeles destronados y en el pecho de una muger envilecida.

De todos los hijos de Jacob era José el mas virtuoso y el mas amable. No siempre la belleza del alma se trasluce en lo exterior por la pureza y gracia de las formas; porque desde que el hombre, por un acto libre de su voluntad, turbó la primitiva armonía de los mundos, la parte que se vé ha quedado como el signo y la cubierta, pero no el fiel espejo de la parte invisible; y la naturaleza moral, lastimada y empobrecida al caer de su elevación original, perdió el poder de prevenir ó de reparar completamente las deformidades ó las falacias de la naturaleza física. Sin embargo, hombres hay privilegiados, en quienes se encuentran todavía, por decirlo así, vestigios del orden desvanecido: dijérase que su alma, al entrar en la mansion del cuerpo, quiso pagar la hospitalidad que en él recibía, cubriéndole con un reflejo de su propia dignidad, y de la magnificencia de sus virtudes: ¡tan profundo es el sello que sobre los sentidos dejó el espíritu! Y lo que mas admiramos en tales hombres, no tanto es la elegancia ó la suavidad de sus perfiles y la delicadeza de sus contornos, como aquel inesplicable encanto que sale de lo interior, aquella feliz armonía entre las maneras, la actitud y los movimientos, con la inteligencia, el sentimiento y la belleza moral que aquellos espresan. Lo que mas embelesa en ellos es la transparencia de la fisonomía y la revelación de una alma bella en una pura y brillante mirada, y en una frente noble y majestuosa. Tal pareció José, y si llegó á ser el objeto de la particular ternura de Jacob, fué tanto por el conjunto de sus eminentes calidades, como por su título de hijo de Raquel, la esposa querida.

Aunque legítima en sí misma la predilección del viejo patriarca, no deba de tener sus inconvenientes. No podía disimular del todo su preferencia, y los hermanos de José podían aun menos no advertirla; pues por una parte las afecciones de los viejos son ya de propósito indiscretas, y por otra la mútua envidia de los hermanos es suspicaz é intratable. A mas de otras muchas muestras de esclusiva benevolencia, dió Jacob á su hijo querido una túnica de lino de diversos colores, y desde aquel entonces José solo advirtió en sus hermanos sentimientos de ódio y aspreza de palabras; pues basta un ligero soplo para levantar en el corazón

del hombre la tormenta de las mas violentas pasiones. El sencillo y virtuoso José aumentó aún sin quererlo este odio, participándoles los sueños gloriosos que habia tenido. "Parecíame, dijo, que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba y se tenía derecha, y que vuestras gavillas puestas alrededor adoraban á la mia." Y otra vez: "He visto entre sueños como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban." Y exclamaron sus hermanos: "¿Es decir que tú has de ser nuestro rey, y nosotros estaremos sujetos á tu imperio?" Hasta su padre le reprendió, tal vez con el fin de calmar la irritacion de sus demas hijos, pues en su pensamiento pesaba las misteriosas palabras de José, procurando penetrar el sentido de ellas. Porque en efecto, lo mas bello que hay en el mundo, un jóven dotado de un corazon puro y de una noble inteligencia, ¿no pudiera ser el órgano de la verdad, y alguna vez la luz del viejo? ¿Y no puede Dios excitar en nosotros el presentimiento de nuestros destinos, y mostrarnos vagamente las realidades del porvenir al través del simbolismo de un sueño?

Cierto dia en que los hermanos de José habian conducido sus ganados hácia la parte de Siquem, Jacob le envió á donde estaban. Partió José, y encontró á sus hermanos en los campos de Dothain. Cuando de lejos le descubrieron, dijeron entre sí: "Ved ahí al soñador que viene: vamos, matémosle, y exhémosle en esta vieja cisterna: dirémos que una fiera le ha devorado, y así se verá de qué le aprovechan sus sueños." Ruben, el mayor de ellos, se horrorizó de semejante crimen, y propuso bajar á José á la cisterna, con secreta intencion de salvarle la vida y volverlo á su padre. Al momento en que llegó José, fué despojado de su túnica, objeto fatal de envidia, y le echaron en la cisterna que estaba seca. Poco despues algunos ismaelitas y madianitas pasaron por aquel lugar con direccion á Galaad en Egipto, conduciendo camellos cargados de perfumes de resina y de mirra. Entonces Júdas, uno de los cómplices, tomó la palabra. "¿De qué nos servirá el matar á nuestro hermano y ocultar su muerte? Mejor es venderlo á estos ismaelitas, y no manchar nuestras manos, pues es nuestro hermano y nuestra sangre." Prevaleció esta opinion. José fué sacado de la cisterna y vendido por veinte piezas de plata. ¿Vender con dinero la sangre de un hermano!

Los culpables hermanos empararon la túnica de José en la sangre de un cabrito, y la enviaron á Jacob diciendo: "Ved ahí una túnica que hemos encontrado, ved si es la de vuestro hijo." Y habiéndola Jacob reconocido exclamó: "¿Es la túnica de mi hijo!; una bestia cruel le ha devorado! ¿Una fiera ha devorado á José?" Rasgó sus vestidos, cubrióse con un silicio, y lloró por largo tiempo á su hijo. Reuniéronse sus hijos

para ver si podrian aliviar su dolor, pero quedó inconsolable y les dijo: "Lloraré hasta que la muerte me una otra vez con mi hijo." Y continuó derramando amargas lágrimas, porque José acababa de serle arrebatado, y Benjamín era la única prenda que le quedaba de la afecion de Raquel.

Entretanto José fué conducido á Egipto, y vendido por los madianitas á Putifar, uno de los primeros oficiales del rey. El jóven esclavo habia encontrado gracia delante de Dios, que si envia á los hombres la prueba de una tribulacion pasajera, es para darles una ocasion de virtud y un manantial de gloria. Sus bellas cualidades le hicieron tan apreciable á su dueño, que éste le confió la administracion de su casa, depositando sobre él el cuidado de sus negocios. No quedó engañado el egipcio en esta confianza, pues Dios le bendijo á causa de José; sus bienes se aumentaron sensiblemente y la prosperidad coronaba todas sus empresas. Indudablemente la riqueza estará siempre repartida con desigualdad en el mundo á causa de los privilegios naturales y de las incorregibles diferencias de genio, de fuerza y de moralidad: la absoluta comunidad de bienes y hasta el equilibrio entre las aptitudes y las atribuciones, son sueños y quimeras de todo punto irrealizables. Si la prosperidad debiese andar unida á alguna cosa como un salario á un mérito, vendria á ser exclusivamente el estipendio de la virtud, que es el solo mérito del hombre. Y de hecho permite Dios alguna vez que esta ley tenga su cumplimiento, y hasta creando entre los hombres un mérito personal muy á propósito para nutrir en ellos los sentimientos de una dulce y estrecha fraternidad, estendiendo en torno de nosotros y á gran distancia el beneficio de los dones generosos que nos aplica. Así es como José atrajo el mas próspero y apetecible éxito sobre todas sus obras personales, y por consecuencia un acrecentamiento considerable de fortuna sobre su amo, hasta verse éste elevado á los honores, despues de haber sufrido nuevas y dolorosas persecuciones. Mas estas recompensas y estos castigos á las buenas y á las malas acciones, ni se discernen tan rara vez que estemos dispensados de temer la justicia divina en el tiempo, ni con tanta frecuencia que podamos prescindir de aguardar de la justicia de Dios un fallo ulterior y definitivo.

Habia ya algunos años que José desplegaba y hacia brillar en la oscuridad de un servicio ingrato una inteligencia y una virtud superiores, cuando la muger de su amo fijó en él una mirada culpable y le solicitó para el crimen. El noble cautivo permaneció fiel á Dios y á su honor, y respondió con tanta moderacion como firmeza. Porque la verdad y la virtud, á pesar de su carácter independiente, no borran las distinciones

sociales, y la correccion que va de inferior á superior no debe asemejar-se en su forma á la correccion que descende de superior á inferior. De otra parte, es quizás la señal mas preciosa de una conviccion profunda y de una virtud bien comprendida el enlazar la dulzura con el celo y la mansedumbre hácia las personas con el respeto por los principios; pues nada hay tan sosegado como las conciencias fuertes, y nada tan generoso y fecundo como la misericordia. Si sois mejor que vuestro hermano, no os desembaraceis del cuidado de su alma por medio de inculpaciones amargas y de cómodos anatemas; cubridla mas bien con dulce y afanosa solicitud, y envolvela con la ternura de vuestras afecciones, á fin de que Dios la perdone por causa vuestra. Pensad que el hombre, aun cuando se engaña ó se corrompe, queda un sér digno de toda consideracion, pues fué rescatado al precio de una sangre divina, y puede en uso de su libertad volver al estado que por el abuso de su misma libertad ha perdido.

Dijo pues José: "Ya veis que mi amo me ha confiado todo lo suyo, hasta el punto de ignorar él mismo lo que tiene: nada hay que no esté en mi poder y que no lo haya puesto en mis manos, reservándose solo á vos que sois su muger. ¿Y podria yo cometer una tal iniquidad, y pecar contra mi Dios?" Semejante respuesta, lejos de desalentar la pasion, pareció animarla y darle mayores creces de despecho. La graciosa gallardia del jóven esclavo, su noble y hermosa fisonomia, embellecida con el colorido de la sorpresa y del pudor, enardecíó mas el voluptuoso instinto de la muger burlada, y la altivez del amor propio se mancomunó con la violencia del deseo. El hombre, bien sea por arrogancia varonil, bien sea que su carácter firme y juicioso avanza casi siempre con seguridad ó retrocede oportunamente, por lo general parece mas circunspecto ante los obstáculos: la muger al contrario, parece mas ardiente para vencerlos, como si quisiese suplir la fuerza por la pertinacia, ó tal vez como si se abrigase en ella alguna cosa que se parece al espíritu de contradiccion. De otra parte, el esclavo, recordando á la soberbia egipcia la idea del deber. ganaba en valor moral mucho mas de lo que perdía por su despreciada condicion: él no podia vencer sino con gloria, y ella no podia sucumbir sino con un cruel oprobio. Por mucho tiempo le importunó con sus palabras; pero como él se habia mostrado ya mas grande que la desgracia, mostróse mas fuerte que el placer, triunfando así de las mas graves pruebas á que puede verse espuesta la juventud; la cual en sus dorados sueños se erige palacios encantados de felicidad, y en su ardiente necesidad de vivir para gozar, inclina tan gustosamente el oído á la voz seductora del placer.

Hallándose un dia José solo en un aposento de la casa, la muger de

su amo tanteó el último esfuerzo, y le cogió por la capa. Cuando una muger pierde todo el respeto que á si misma se debe, y ha merecido perder la estimacion de otro, ya no atiende mas que á sofocar á fuerza de gocecs sensuales la memoria de su perdida dignidad, y á todo se atreve para humillar en la complicidad del mismo crimen al que, desde la emi-nencia de su virtud, amenaza quedar siempre su acusador y su juez. No, no es posible pintar el borrascoso despecho y la enfurecida confusion con que la mirada de un hombre puro, hierre, llena y aterra el alma de una muger sin honor. Porque Dios ha armado el corazon de la muger de un sentimiento profundo y delicado de virtud para protegerla contra su propia flaqueza, y le ha marcado sobre la frente el pudor como una señal de consagracion augusta y un título de parentesco con los ángeles, á fin de protegerla contra la temeridad y tirania del hombre. Cuando, pues, en desprecio de estas salvaguardias, hace ella una declaracion de guerra á la virtud, y provoca la malicia de otro, lejos de poder invocarla por escusa, no es raro que Dios la castigue con ese furor contra la naturaleza, entregándola á una despechada vergüenza, de la que se venga obedeciendo á toda la fogosidad de sus malos instintos, como si se sintiese impelido por algun agujon del infierno.

José poseia juntamente la inteligencia y el valor del deber. Dejó su capa en manos de la impúdica muger, y huyó, único modo de vencer en tal peligro, pues aunque el espíritu tenga sus convicciones y su pronta decision, los sentidos tienen sus momentos de oscilacion y de destallecimiento. Figúrese cualquiera los trasportes de la tentadora despreciada, pues por bellos que sean los nombres con que las pasiones sensuales pretenden decorar sus victorias de ignominia, saben tambien avergonzarse de sus insolencias frustradas, porque entonces no pueden sofocar el sentimiento de la afrenta debajo de sus repugnantes fruiciones. Con su pasion burlada, con su imperio desconocido, la muger de Putifar tenia que temer; pero sobre todo tenia que vengarse. Fuerza le era prevenir las quejas posibles de José; pero mas que todo le era preciso hacer pagar á un esclavo la pena de su virtud. Llamó á gritos á sus domésticos para que le diesen socorro, y se lamentó con un aire de púdica altivez, de que aquel extranjero hubiese osado llevar hasta su persona su temeridad delincuente. Sus gritos la habian salvado, y habia podido arrancar aquel vestido como cuerpo de delito contra José. Y cuando estuvo de vuelta su marido, hizo subir hasta él el origen de toda aquella desgracia, y le envolvió manosamente en el acto de acusacion, á fin de que, teniendo él mismo que justificarse de sospechas de imprudencia, pensase menos en acusarla á ella de infidelidad. "Este esclavo que tu trajistes aquí, dijo,

ha venido para insultarme, y cuando ha oído mis clamores, me ha dejado esta copa entre mis manos y se ha escapado.”

La calumnia le salió muy bien. Putifar no se mostró asaz hábil para escapar de los artificios de su muger, y sorprender la verdad bajo las estudiadas apariencias con que se cubría la impostura. Sin reflexionar que mal se prepara un hombre para grandes crímenes por medio de diez años de virtud y de solícitos servicios, y que la violencia podía venir tanto de la que había arrebatado la capa como del que la había dejado, se indignó hasta el punto contra su mayordomo, y le hizo encerrar en una cárcel. Mas el Señor estuvo con José; pues al imponer un trabajo, Dios dá la fuerza necesaria para sostenerle, y mediante su gracia, no hay pruebas tan duras que no pueda superar un generoso esfuerzo. Aun en el seno de aquellos reveses cuya aparición en esta vida maldicen las almas débiles y cuyas angostas sendas no impiden sus maravillosas relaciones con el porvenir, manifiesta y despliega el hombre grande todo el poder de que está dotado, y según la idea de un antiguo, ofrece al espíritu del mal el mas bello y precioso espectáculo para confundirle, un justo luchando á brazo partido con la adversidad. Así consuela Dios á aquellos que de este modo soportan el peso de unos castigos que no merecen; y mientras se aguarda la hora de su justicia pública, hace bajar en la sosegada serenidad de su conciencia alguno de aquellos goces y dulzuras de su cielo.

Permitió, además, el Señor, que José se captase la benevolencia del alcaide, el cual, compadecido del jóven cautivo, y no reparando en él cosa que dejase traslucir una alma abyecta y criminal, depositó en él su confianza y le encargó en gran parte el cuidado de los demas presos. Una mañana reparó José á dos de sus compañeros mas abatidos de lo que solian, y la causa de su abatimiento eran los sueños que habian tenido. Se hizo explicar aquellos sueños, y predijo al uno de los condenados que sería crucificado dentro de tres dias, y al otro, que dentro de tres dias tambien recobraría su libertad y sería repuesto en el cargo que antes tenia, suplicando en seguida á este último que no le olvidase en el tiempo de su prosperidad. El suceso justificó esta interpretación: al cabo de tres dias el uno de los dos proscritos fué crucificado, y el otro puesto en libertad y restablecido en su antiguo cargo, que era el de coper mayor de Faraon; pero olvidó á José, pues la felicidad suele borrar la memoria de los beneficios recibidos. Dios lo permitió así en aquella coyuntura, á fin de que su elejido contase en el socorro del cielo y no en el de la tierra, y que destinado como estaba á mandar á los hombres, aprendiese antes á conocerlos.

Como nos hallamos ya en nuestros cuadros biográficos á punto de abandonar las tiendas de los patriarcas, para pasar á los palacios de los reyes, observemos de paso los adelantos que habia hecho la civilizacion en el Egipto desde los tiempos de Abraham. Entonces los Faraones tenian ya corte, pero mucho mas sencilla y con menos aparato. En tiempo de José vemos en la corte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policía, cárcel del Estado, médicos de los grandes, y un ceremonial de mucha pompa. El escritor moderno que hubiese inventado la historia del Pentateuco, usurpando el nombre de Moisés, hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilizacion por medio de Jacob; y hubiera faltado, sin querer, á la verdad. Pero el historiador del Pentateuco es mas fiel en realidad á la verosimilitud de la historia, como hace observar muy oportunamente un crítico reciente. Vuelve atrás la civilizacion, cuando Jacob, dejando la Palestina, pasa veinte años en Mesopotamia, en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza, empero, con Esaú, porque se queda en Palestina y se hace aliado de los cananeos. El comercio multiplica poco á poco las relaciones entre los diversos pueblos. En tiempo de Abraham no se vé cambiar el trigo entre Egipto y Canaan, y el patriarca, para librarse del hambre, se vé precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio, construyendo en el camino, consultando á la mayor comodidad, grandes paradores públicos para las caravanas. Las de los ismaelitas desde Arabia llevan á los egipcios, como hemos visto ya, especias, resinas y bálsamos; compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Pero el Egipto, constituido desde mucho antes que las naciones vecinas, se lleva, como es justo, la preferencia en civilizacion y lujo. Abimelec, rey de una colonia egipcia entre los filisteos, imita en pequeño á los reyes de la metrópoli, teniendo, como ellos, criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey Salem vive como un simple particular. En el corto tiempo que media entre Abraham y Jacob, vemos los progresos que hace el lujo en el Egipto, y lo veremos aun mas en el engrandecimiento de José.

Dos años, á corta diferencia, habian trascurrido desde que éste interpretó los sueños de los dos presos, cuando el rey de Egipto tuvo otros dos sueños que le llenaron de terror. Era otra de las supersticiones del paganismo antiguo, el buscar siempre algun misterio en los sueños; y Dios, que en los gobiernos de los hombres toma por su misericordia en cuenta hasta sus errores y sus debilidades, daba algunas veces una significacion profunda á lo que por lo comun no pasa de un juego del organismo

6 de un capricho de la imaginacion. Estos sueños del rey de Egipto entraban en el plan de la sabiduría divina, y por esto eran como un símbolo del porvenir; y como debían preparar el triunfo de José, por esto su explicacion fué á él solo reservada. En vano se acudió á todos los intérpretes vulgares; el rey estaba desconfiado de la ignorancia de sus adivinos. Entonces la tristeza del monarca reprodujo el nombre de José en los labios del cortesano que le había aprendido en la desgracia y que no se había acordado mas de él en la prosperidad. El copero mayor de Faraon habló al monarca del que le había tan perfecta como proféticamente interpretado su sueño tres dias antes de salir de la cárcel. José fué llamado desde ella á la presencia del rey, el cual le contó sus dos sueños, y José explicó los dos en el mismo sentido, anunciando que siete años de abundancia serian seguidos de otro siete de esterilidad. Propósito, pues, nombrar para todo el Egipto un hombre de acreditada prudencia y destreza que en los tiempos de fertilidad reservase una parte de los granos, para que al venir la carestia no quedase el pueblo sin recursos.

Creó el rey y con razon, que nadie podria remediar mejor los males del porvenir, que el hombre á quien Dios tan clara y anticipadamente los revelaba. Sometió, pues, todo el Egipto á José, no reservando mas para si sobre el jóven favorito que la majestad del trono. Hizo, pues, vestir á José con un traje magnífico, con un manto de finisimo lienzo, le dió un collar de oro en señal de su nueva dignidad, y le puso en el dedo un anillo real. Le hizo subir en un carro de triunfo, mandando á un heraldo que anunciase al pueblo el reconocer la autoridad de José y doblar la rodilla cuando pasase. Y cambiando despues su nombre de José le llamó con otro nombre egipcio, que significa salvador del mundo. Y para coronamiento de tan honoríficas distinciones, le dió por esposa á la hija de un sacerdote de Heliópolis, para enlazarle de este modo con la clase mas ilustre y poderosa de sus estados.

Así acabaron los infortunios de José, que fueron como el gérmen fecundo de las prosperidades y de la gloria que llenaron el resto de sus dias. Pudieron haberle oprimido sus contrarios, porque la fuerza no siempre va aliada con el derecho; pero no le habían envilecido, pues que la tiranía no tiene poder sobre la dignidad humana, que escapa de todos los ultrajes por la libertad, y que no sucumbe sino por una abdicacion voluntaria. Victima de la envidia de sus hermanos y de la asquerosa hipocresia de una muger, salió por fin vencedor de esta doble prueba: los hombres y las cosas le fueron hostiles por un momento; pero los hombres y las cosas se trasformaron en favor suyo, doblados y modificados por

Dios, que le fué siempre propicio; y por otra parte, la posteridad le ha veugado de algunos años de persecucion y de oprobio por medio de un tributo de alabanza y de admiracion.

Sus envidiosos hermanos y su impura enemiga debieron por el contrario, expiar muy presto su ciega y cruel injusticia, y fulminados con la execracion de la posteridad, su castigo continúa todos los dias; y esta es una penitencia pública que Dios suele imponer á los grandes crimenes. Los poderosos serian demasiado atrevidos si pudiesen lisonjearse con la seguridad de que su vida y su memoria pasarian impunes, y los débiles serian inclinados en demasia á rebelarse si alguna vez no se interesase el cielo en sus quejas y sufrimientos. Para la conservacion del orden, preciso es que sepa el universo que la causa de los oprimidos es la causa de Dios.

No se sabe si las calumnias de la muger de Putifar quedaron desde entonces patentes: ignórase asimismo lo que fué de ella despues de aquella época. Se diria que se disipó y desapareció como una débil sombra al resplandor de la súbita y gloriosa elevacion de José. La historia no la hace figurar sino en el oprobio de su burlada pasion y de su cobarde venganza; y despues de haberla presentado como el tipo de una muger mas malvada aún que débil, la cubre con el olvido; semejante á la mar que arroja de vez en cuando algun monstruo desconocido sobre sus orillas, y un momento despues lo arrastra huyendo hácia sus abismos, de donde no volverá á salir jamás.

Por su lado los hermanos de José iban á ser conducidos á sus piés para prestarle homenaje. Sus proféticas palabras tuvieron su cumplimiento: siete años de abundancia fueron seguidos de siete años de esterilidad. El azote habia alcanzado tambien á los paises vecinos, y Jacob, acosado por la carestia, envió sus hijos al Egipto, de cuyos recursos tenia alguna noticia, dejando solo á su lado á Benjamin. No se vendia el trigo sino por orden de José: sus hermanos le fueron, pues, presentados, y le adoraron postrándose delante de él al uso de los orientales. Reconocióles él sin dificultad, pero ellos no le conocieron, porque la edad viril y tal vez la desgracia habian cambiado el aspecto que tenia en su adolescencia.

A la vista de sus hermanos inclinados delante de él, José se acordó de los sueños de otro tiempo. Usó de un lenguaje severo, y manifestó creer que aquellos extranjeros habian venido como enemigos. Los tuvo detenidos por tres dias, y despues, sabiendo que tenian otro hermano, les despachó con orden de traérselo, quedándose uno de ellos como en rehenes. Creyéndose ellos no ser entendidos del ministro egipcio, que les habia hablado hasta entonces por medio de intérprete, se arrojaron nú-

tuamente su antiguo fratricidio. Entonces José, no pudiendo resistir á la ternura, se retiró para llorar; y volvió despues á salir, manifestando su voluntad de quedarse por garantía á Simeon, otro de los extranjeros; y los demas se volvieron tristes al país de Canaan. Su padre cayó en una aflicción profunda, cuando se le dió noticia de la cautividad de Simeon, y de la orden formal de llevar á Benjamin á Egipto, y estuvo largo tiempo antes de consentir en esponer tambien á este hijo querido, y último fruto de su vejez.

Entretanto el hambre continuaba en sembrar sus estragos, y Jacob se vió precisado á ceder al imperio de las circunstancias; volvió á enviar á sus hijos al Egipto, confiándoles con dolor de su alma á Benjamin, de quien respondió Judá con su cabeza. Viéndoles José llegar con su jóven hermano, mandó introducirlos en su palacio y prepararles un banquete. Esperaban ellos en la sala del convite, cuando en fin pareció José. Inclináronse todos á su presencia. El los acogió con bondad, y les hizo preguntas acerca de su anciano padre. Levantando despues los ojos, reparó á Benjamin y dijo: "¿Es este vuestro jóven hermano de quien me hablasteis? Hijo mio, añadió, ¡séate Dios propicio!" Y se dió prisa á salir, pues á vista de su hermano conmoviéronse sus entrañas, y no podia contener las lágrimas. Cuando hubo dado libre curso á su llanto, volvió, y haciendo un esfuerzo para dominar su emoción, tomó la comida en compañía de sus hermanos, pero en otra mesa, pues los egipcios miraban á los extranjeros como profanos. Sirvióles él mismo, distinguiendo á Benjamin, que fué tratado con mas miramiento que los otros, lo cual no dejó de causarles alguna sorpresa, y todo el festin se pasó en regocijo.

A la mañana siguiente los hermanos debian partir. José hizo ocultar su copa de plata en el costal de provisiones de Benjamin, y á penas habian vuelto á emprender su camino, cuando él envió á sus criados en su alcance. Alcanzáronles en efecto, y les acusaron de haber cometido un robo. Defendiéronse ellos de esta acusación; pero la copa fué hallada entre las provisiones de Benjamin. José hizo la amenaza de quedárselo como esclavo, y entonces Judá espuso toda la repugnancia que habia mostrado Jacob en dejar partir á Benjamin, y el golpe terrible que el cautiverio de este hijo, tan tiernamente querido, iba á descargar al padre en su ancianidad. Al nombre de su padre, José no pudo ya contenerse por mas tiempo, mandó salir á todos los egipcios que le rodeaban, y exclamó derramando lágrimas: "Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?" Pero sus hermanos desfavoridos no pudieron responderle. "Acercaos á mi, les dijo con dulzura, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendisteis. . . ." Consolóles diciendo que Dios habia permitido todo aquello para mayor bien;

les ordenó que informasen á su padre de todo cuanto veian, y que le trajesen consigo á Egipto, en donde serian todos alimentados durante los cinco años que habia de durar el hambre todavía. Y echándose al cuello de Benjamin para abrazarle, lloró, y Benjamin lloró tambien al recibirle en sus brazos. José dió despues á todos sus hermanos las mismas demostraciones de ternura, y volviendo en sí del mudo espanto que les habia sobrecojido, osaron por fin hablarle.

A tan feliz nueva que le llevaron sus hijos, Jacob pareció despertar de un profundo sueño, y rehusó por algun tiempo creer en su palabra. Pero al fin, recobrado de su estupor é inundado de alegría, exclamó: "Si mi hijo José vive aún, ya no quiero mas: iré y le veré antes de morir." En efecto, partió para el Egipto con todas sus gentes y sus bienes. José salió á su encuentro, y al verle corrió á él, y le abrazó estrechamente derramando copioso llanto. "Ahora sí que moriré alegre, le dijo su padre, pues que he visto tu rostro, y te dejo despues de mí." Jacob fué tambien presentado al rey, y obtuvo el permiso de establecerse con sus hijos en el país de Gessen, el mas fértil del Egipto, y el que mas convenia á un pueblo pastor. Diez y siete años despues murió profetizando los magníficos destinos de su privilegiado linaje, adoptó en el número de sus hijos á Manasés y á Efraim, hijos de José, y pidió que sus cenizas fuesen un dia reuidas con las cenizas de sus padres.

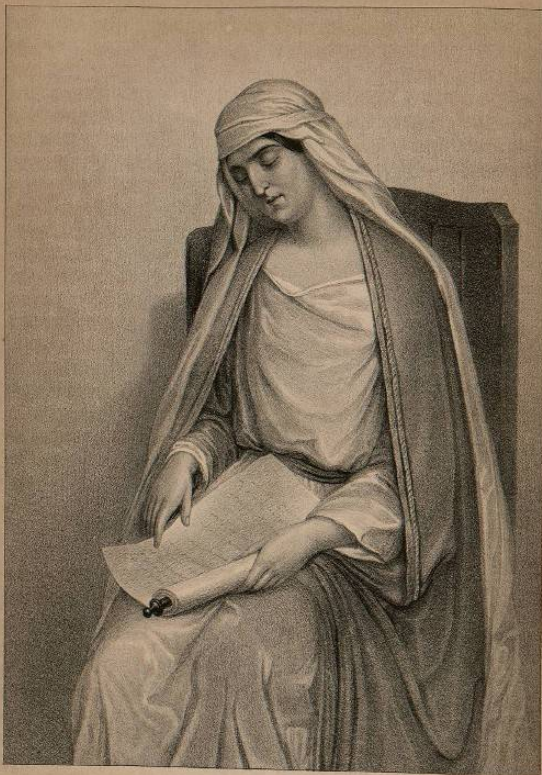
Volvamos á notar de paso en la tierna narración de esta historia interesante el grado de civilización á que habia llegado ya el Egipto antes de la muerte de Jacob. José, en su entrada al empleo, recibe en su traje y en sus adornos una magnificencia propia de un gran visir ó de un allegado al monarca; come aparte y se le sirve en otra mesa, y los egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversacion familiar, como habia hecho uno de sus antecesores con Abraham, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y afabilidad mezclada de orgullo, como lo manifiesta el estilo mismo del relato; y son varias las solemnidades para la instalacion de los funcionarios reales.

José vió los hijos de sus nietos. Cercano á morir pidió que sus huesos fuesen trasladados á la tierra de promision, y espiró despues á la edad de ciento diez y seis años. Su cuerpo fué embalsamado y puesto en un ataúd que los israelitas, en su salida de Egipto, llevaron al país de Canaan.

Tal fué José, ejemplo célebre de las dificultades que aguardaban á la virtud, del valor que debe ésta desplegar, y del triunfo que puede obtener. Los tiempos antiguos no vieron una imagen mas perfecta de aquel

justo que, vendido traidoramente por sus hermanos y desconocido en sus obras, fué condenado como un criminal, y salió del cautiverio del sepulcro para alimentar toda la tierra con el pan de la verdad evangelica, y conquistar por todos los dones de su caridad divina el glorioso título de Salvador del mundo. Así el nombre de José ha quedado grande en la memoria de los pueblos cristianos. Los siglos de fe pintaron y grabaron su historia sobre la vitela de las Biblias manuscritas, sobre las telas de los mas ricos museos, y en las vidrieras de las góticas catedrales, en la piedra y en el acero, en San Márcos de Venecia, en el baptisterio de Florencia, en Roma, en Pisa, en Rouen, en Bourges y en mil otros lugares, como si hubiesen querido repetirnos sin cesar y hacernos leer por todas partes la máxima, de que lo inminente del peligro no justifica nuestras cuidas, que Dios ha puesto mas recursos en la libertad humana que fuerza en los atractivos y en las tentaciones del mal, permitiendo que el sentimiento de los placeres ilícitos quede como sofocado y muerto con el grave y santo pensamiento del deber. Y esta leccion conviene tanto á los tiempos modernos como á la edad media; y nos hemos decidido á escribir estas líneas para recordar en especial á aquellos de nuestros jóvenes contemporáneos, para quienes el mundo actual, á causa de la venalidad y de la corrupcion, se parece con frecuencia á los campos de Dothain y á la casa de Putifar.





R. Rafael, autor.

Ana, madre de la Sma Virgen.

León de Herrera.



ANA, MADRE DE LA SANTA VIRGEN.

Felix unam promeruit suscipere natam quae
unicum conciperet et proferret Dei filium.

(FULBERT. CAROTESS. De Ortu almae Virginis.)

No es una vírgen, tierna como una flor que guarda aún cerrado su capullo á los besos del céfiro, la que vamos á proponer como modelo de justicia y de perfeccion. La esposa de Joaquin era ya un crepúsculo brillante que debia preceder la aurora del Sol de Justicia. Caducaba ya la ley de la espectacion: el mundo se acercaba ya al momento de su rehabilitacion gloriosa: los cielos debian llover al Justo; y Ana, la hija de Matan, era la nube resplandeciente, de cuyo seno habia de salir á la tierra la Madre del Salvador. Rama escogida de la familia sacerdotal de Levi, debia enlazarse con otra de la casa real de David, y de este enlace ilustre, simbolo de la union del sacerdocio y del imperio, debia nacer la Madre del Mesias.

La pintura que hace el Espiritu Santo de la muger fuerte, se personificaba en la casa de Ana, nombre ya célebre entre las heroínas del pue-

blo de Dios. No se lamentaba, como la madre de Samuel, de su esterilidad, porque su corazón era fecundo en buenas obras, y sufría con resignada conformidad y con la alegría del justo, aquella privación que se tenía por una marca de oprobio. Cuarenta años de virtudes le valieron una mirada del cielo, la mas propicia que se dió á criatura alguna, si exceptuamos á su privilegiada hija; y una súplica, salida de una alma abrasada de caridad, fué suficiente para que se obrase en su seno aquel misterio de la exención de la culpa, que supera en gloria y felicidad á las delicias del paraíso. ¿María fué concebida inmaculada en el seno de Ana! ¿Qué elogio equivale á estas palabras? ¡Oh, qué fruto! ¿Y quién podía ser digno de él sino el seno de Ana? Hé aquí el modelo de las madres segun la naturaleza, pues María lo fué segun la gracia. Amor, ternura, pureza, solícitud, júbilo santo, todo lo mas bello y delicado de la maternidad vino á rodear la cuna de María y los cuidados de su digna madre. Dulzura, humildad, candor, todas las gracias del cielo y de la tierra nacieron cual nunca se hubiesen visto en la infancia de María; y la embelesada madre, la dichosa entre las dichosas, mecía en su tierna cuna, estrechaba entre sus brazos y alimentaba con su leche la Esperanza del mundo.

Digna émula de la muger de Elcana, la madre de María prometió en su corazón consagrar á su querida hija al servicio del templo, voto ratificado por su santo padre. La Niña María sonreía á su virtuosa madre con aquella mirada celeste de candor que aun no habia visto la tierra. Después de presentada al Señor é inmolada la víctima del sacrificio, la hija de Ana fué admitida en el número de las tiernas vírgenes que, ocultas á la vista del mundo, se educaban á la sombra sagrada del altar. Ana no podia respirar lejos de María. No tardó en ver espirar en sus brazos al santo esposo, el cual pasó á esperar en el Líbano al Libertador de Israel que habia de nacer de su hija; y colmada ella de virtudes y de bendiciones, vislumbrando quizás los altos destinos de María, á los sesenta y nueve años de su edad, durmióse en el dulce sueño de los justos, dejando á los siglos la que debia ser exaltada sobre los ángeles y los hombres. Véamos ahora algunos de los rasgos y circunstancias que se han podido recojer de su vida.

Desde San Juan de Acre al lago de Tiberiades, se atraviesa la graciosa llanura de Zabulon, coronada á derecha é izquierda de colinas que se levantan en suaves pendientes, y parece quieren escribir las ondulaciones de su superficie con bellos penachos de variado verdor. Después de haber trepado la cordillera de montañas que está unida con el Líbano, y corre del Norte al Mediodía hasta los arenales de la Arabia Petrea

hállanse en la aldea de Sófira restos de una ciudad en otro tiempo vasta y floreciente. Los romanos la habian dado el nombre de Diocesarea, nombre grande, pues era grande la importancia que le habian dado, haciéndola la primera ciudad de la Judea despues de Jerusalem. En la edad media, pudo contemplar, desde lo alto de sus almenas, la célebre batalla en que sucumbió la pretension de Luy de Lusignan á la corona, no bajo la cimitarra de Saladino, pues no pudo la espada domar la bravura de los francos, sino en los torrentes de llamas que se levantaron de las yerbas incendiadas por el enemigo, y que el viento llevaba con las flechas musulmanas y torbellinos de polvo á los ojos de los cruzados.

Pero lo que mas contribuye á la celebridad de Sófira, no son por cierto sus recuerdos de grandeza profana, ni su corona de ruinas, ni su posición amenisima, ni sus horizontes espléndidos: el cristianismo es el que ha llevado aquellos lugares de una gloria imperecedera, y ha puesto allí un manantial de vivas y poderosas emociones, que se derramará sin agotarse, hasta el fin de los siglos. Sófira fué el domicilio de Joaquin y de Ana, padres de la Virgen María: tres horas de camino por las montañas conducen de este pueblo á Nazareth, en donde el Verbo se hizo carne, y en donde algunas tradiciones ponen tambien la cuna de la Virgen María. ¿Quién podrá pisar sin un dulce estremecimiento de júbilo y de amor aquel suelo privilegiado, en el cual germinó y floreció la salud del mundo? Aquellas alturas fueron el escabel que sostuvo la majestad del Eterno, cuando bajó de los cielos y tocó la tierra: en aquel hogar reducido fué donde el cristianismo dió su primer vagido, y desde allí tomó su primer vuelo para recorrer y cambiar el mundo. De aquellas colinas descendió diez y ocho siglos hace un río de fé y de caridad, que ha purificado los espiritus, reavivado el fuego de los corazones, dulcificado las leyes: allí es el lugar donde toda palabra necesita templarse para tener alguna fuerza, donde toda alma va á chupar la vida, y ballar un dulcísimo refrigerio. De las honduras de aquellos vallados nació la libertad verdadera, la civilizacion moderna, el respeto del derecho, el descrédito de la fuerza, la rehabilitacion de la muger, la conciencia invencible de nuestra dignidad espiritual, y el secreto de los grandes destinos del hombre.

El Evangelio ha dejado, pues, en la oscuridad la vida de Ana y de Joaquin: y aun la sola tradicion ha hecho llegar hasta nosotros los nombres de estos santos personajes. Su vida exterior no hizo ningun ruido en el mundo; pero su alma brillaba con tal resplandor de virtud, que Dios quiso premiarla haciéndola un objeto de culto para los cristianos. Por el alma en efecto pertenecía á la linea ilustre de aquellos creyentes que vislumbran y aspiran á otra inmortalidad muy diferente de la fama, y á una

felicidad distinta de la felicidad de la tierra: y por la carne eran de la sangre de David, cuya raza llegó á empobrecerse bajo el gobierno de príncipes extranjeros; pero rica con sus recuerdos, y mas rica aún con sus esperanzas que le mostraban al Mesías en un próximo porvenir.

Ana, pues, á quien los Santos Padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, habia nacido en Belen, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem, llamada comunmente en el Evangelio *ciudad de David*, por haber sido la patria de aquel monarca. Tavo por padre á Matan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, que entre los judios era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos esposos tan ilustres por su elevada alcurnia, como recomendables por su ejemplar virtud. Tuviron tres hijas: la primera, que se llamó María, como su madre, casó con Cleofas, y fué madre de Santiago el menor, de San Júdas, de San Siméon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalem, y de San José, por sobrenombre Barsabas, ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama *hermanos suyos*, segun el estilo introducido entre los judios; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la Santa Virgen. La segunda hermana de Santa Ana fué Sobé, madre de Santa Isabel, la cual, por consiguiente, era prima hermana de la Virgen María. Y la tercera hija de María y de Matan fué Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de la cual habia de nacer el Hombre Dios.

Ana llevaba en su nombre, que significa gracia, un indicio providencial de su bondad interior. Porque, siendo escogida de Dios para dar al mundo á la Virgen María, debia ser digna de tener por hija aquella dulce y misteriosa criatura, santificada antes de nacer, tan humilde y tan grande en su vida, de una belleza tan pura, cuya alabanza se halla en todas las lenguas, y cuyo amor está en todos los corazones, y que fué colocada en el firmamento de la Iglesia, para derramar sobre la noche de nuestras almas el fuego de su serena y pacífica luz. Este nacimiento, vagamente esperado por la multitud de las generaciones, que habian recibido del Eden la promesa de un libertador, era el alba de tersa y blanca quecina lumbre que anuncia la proximidad del sol; y festejada hoy dia por toda la tierra, fué ignorada de los hombres, envuelta en el silencio, sin pompa ni estrépito. Un soldado feliz ocupaba el trono del mundo: as águilas romanas estaban por todas partes de vuelta al Capitolio, dando caer coronas sobre algunas testas de príncipes diseminados por sus vastos dominios: los procónsules se paseaban triunfantes por medio de las provincias, cuyo trabajo y cuya vida se trasformaban en oro y en plares bajo sus manos y á medida de sus deseos: el pueblo rey no cuida-

ba sino de su pan y de sus juegos. En medio de tantas delicias y de tantas grandezas, ¿quién hubiera querido venir á saludar una cuna humilde, ignorada, en donde no habia mas que pobreza, pureza sin tacha, sencilla y cándida resignacion á la voluntad de Dios, ardiente amor de servirle, cosas todas, ó desconocidas, ó despreciadas de los hombre, y solamente poderosas delante de Dios?

Aunque es de creer que Ana, por sus eminentes virtudes y por su amor al retiro, sentiria inclinacion á la virginidad, con todo, mientras duró en el pueblo escogido el largo período de la espectacion, las doncellas, por mas virtuosas que fuesen, no se atrevian á renunciar á la esperanza de dar un salvador al mundo. Y esta esperanza fué sin duda la que decidia á las vírgenes mas castas á no despreciar la mano de un esposo. Ana, pues, la candorosa Ana no rehusó la mano de Joaquin; haciendo quizás el sacrificio mas costoso de su vida, para no privarse enteramente de la dicha que debia recaer sobre una de las hijas de Israel. Pero el Señor quiso poner á prueba la virtud y la humildad de la madre de María, para hacerla digna de tal hija; y sujetó por espacio de cuarenta años á la triste Ana á la humillacion de la infecundidad, marca de oprobio para las matronas hebreas. El corazon de Ana, aunque arduosamente unido con la voluntad del Señor, no podia dejar de mostrarse sensible á tan dolorosa humillacion: los años acumulados sobre su cabeza estaban ya para disipar la última sombra de esperanza: el santo esposo compartia con ella el dolor y la resignacion, y su pecho suspiraba en silencio, ofreciéndose como en holocausto, pero mirando con una santa envidia á aquellas esposas afortunadas que podian tener afinidad con el deseado Mesías.

¿Qué súplicas saldrían del fondo del alma de aquellos santos esposos para alcanzar del cielo el dón de la fecundidad! Pero cuando la súplica es humilde, cuando sube al trono de Dios acompañada de la resignacion santa á su querer divino, entonces es poderosa, y hace á Dios una dulce violencia para acceder al puro y fervoroso ruego. El Señor oyó propicio una peticion que él mismo habia inspirado, y Ana quedó colmada de las gracias de Dios, sintiendo ya en su seno á la que debia ser concebida sin la mancha original. El seno de Ana se trasformó en un depósito de las riquezas del cielo y de las esperanzas de la tierra. Al fin, salió á luz la hija privilegiada del Altísimo, la alegría del cielo, el consuelo de la humanidad. La hija de Joaquin respiraba ya el aire de la vida.

Despues de ocho dias del nacimiento de la niña, segun la costumbre del país, Ana y Joaquin le dieron un nombre, el nombre de María, gracioso como la virginidad, grande como un corazon de madre, suave como una melodia y como un perfume celeste, nombre amado del pintor y

del poeta, porque encierra raudales de inspiracion, repetido por el soldado y el marinero en el momento en que arriesgan en los campos de batalla y sobre los abismos del Océano, su generosa abdicacion de la vida. Este nombre, que en la lengua antigua en que fué creado significa particularmente estrella del mar, y tambien señora y reina, ha sido colocado en todas partes como un encanto irresistible, sobre la puerta de la iglesia de la aldea, al frente de la soberbia basilica que se levanta al cielo como un monte decorado, al pié de la estatua solitaria, incrustada en la encina al lado del camino para guiar al viajero, sobre la cabeza del infante largo tiempo esperado, al umbral de una existencia querida, donde quiera en fin que el hombre derrama lágrimas y ruegos, donde su alma y sus miembros trabajan y sufren, donde su corazon palpita de amor, de temor ó de esperanza. El Universo está lleno del nombre de Nuestra Señora.

Dos veces, en un mismo siglo, la piedad de Oriente opuso este nombre como un baluarte á la invasion de la bárbarie musulmana: la primera vez, en 1571, la flota de los turcos sucumbió en el golfo de Lepanto, dirigida por el genio de Don Juan de Austria, y por las oraciones de la cristiandad, postrada ante los altares de María, auxilio de los cristianos. La segunda vez los turcos invadieron hasta el corazon de Europa, en 1683, y sitiaron á Viena con doscientos mil hombres. El emperador de Austria habia llamado á su socorro á todos los príncipes cristianos. Los formidables asaltos, las salidas peligrosas se multiplicaron sin fruto; pero la plaza parecia no poder sostenerse por mucho tiempo; cuando Juan Sobieski, rey de Polonia, corrió con su valeroso ejército. El dia mismo en que debia darse la batalla decisiva, muy de mañana, el noble guerrero, rodeado de sus generales, oyó piadosamente la misa, y recibió en ella la comunión. Despues del sacrificio, se levantó diciendo: "Marchemos al enemigo con confianza, bajo la proteccion de Dios y la asistencia de la Virgen María." Y no fué en vano esta confianza. Los otomanos quedaron vencidos, dejando entre los despojos el gran estandarte de Mahoma. La Turquía no se levantó nunca mas de estos dos desastres, en los que, por su parte, las naciones cristianas encontraron su salud, y reconocieron la especial intercesion de la Virgen, celebrando con unanimidad por una fiesta especial el santo nombre de Maria.

Ana, en el fervor de sus ruegos, habia prometido consagrar al servicio del Señor el fruto tan deseado cuanto mas tardio que él se dignase concederle; y el santo esposo debió secundar, ó tal vez ofrecer el mismo voto. Al llegar, pues, la tierna niña á la edad de tres ó cinco años, Ana y Joaquín la condujeron á la ciudad santa, para presentarla al templo y

consagrarla á Dios. Sus padres la habian presentado y consagrado á Dios en espíritu desde que su existencia en el claustro materno les fué conocida, y aun mas, cuando salió á la luz del mundo; pero era indispensable completar aquel sacrificio, costoso tal vez á su corazon paternal, si el amor intenso de Dios no se lo hiciese grato y soportable. Despues de la ceremonia de la presentacion, quedaron los ancianos padres privados de su dulce unigénita, y María quedóse al servicio del templo del Señor. Allí su jóven alma, prevenida de todas las bendiciones, y poseída de un elevado sentimiento de todas las realidades del cielo, hizo alianza con el Criador, é inauguró en el mundo aquella virtud reservada á los siglos y á los pueblos cristianos, que sublima el alma humana hasta á la incorruptibilidad de las naturalezas angélicas, y asocia la carne frágil á las prerogativas del espíritu. En la tierra á esta virtud se le dá el nombre de virginidad, y en el cielo aun tiene un nombre mas bello. Su símbolo es una flor, que entre todos los objetos sensibles es lo mas gracioso, lo mas delicado, lo mas suave y lo mas puro. ¡Revolucion sin igual! Este acto de la Virgen Maria ha venido á ser como el título de nobleza y el origen augusto de estas generaciones misteriosas que, consagradas á Dios, no se dan otra posteridad que en la familia invisible de las almas; y que no haciéndose llamar aquí en la tierra, ni padre, ni madre, no renuncian el oír nombrarse así en la eternidad por inteligencias trasladadas de la incredulidad á la fé, ó por pechos salvados del naufragio de las pasiones.

Ana regresó á su pais con su santo esposo, y allí, ya antes ya despues del viaje de Jerusalem, en una casa indigente, arrimada á una colina á la cual se subia por algunos escalones cortados en la roca, es donde Maria fué amoldada á la piedad por los cuidados maternos. Sábese ya cuán felizmente esta vida sencilla, pero grande á los ojos de Dios, inspiró á los encumbrados genios de Rubens, Jouvenet y de Poussin. Y la razon es, porque nada hay tan poderoso y elevado como el sentimiento que pone á la débil naturaleza del hombre en relacion con lo infinito, y porque siendo esto así, los horizontes de la fé, son los mas ricos que el arte puede recorrer en su velo ingenioso, y trazar por la magia de las líneas y de los colores. Los cristianos sinceros saben tambien cuán suave perfume de edificacion se exhala de esta vida oculta y como sepultada en la humildad; y nada les es tan dulce como el venerar, querer, y en lo posible imitar á las almas dotadas de semejante hermosura, que el Señor parece reservar para su sola mirada, y para los aplausos de los cielos.

Parece que Joaquín no sobrevivió por mucho tiempo al sacrificio que ha-

bia hecho de su hija; y tal vez pidieron á Dios ambos esposos que com­padiéndose de su vejez solitaria, no tardase mucho en llamarlos á su seno, supuesto que dejaban en la tierra el vástago precioso que ya le da­ba gloria con sus virtudes, y que debía sobrevivirlos. Joaquin premurió á su esposa, Joaquin que viene á ser como el último patriarca de la anti­gua ley y el primero de la nueva.

Hay santos que por su posicion especial forman por sí solos una cate­goría á la que no pueden aspirar ni las mas altas virtudes, ni las mas eminentes calidades. Escogidos por la Providencia para llenar un desti­no en el órden admirable de los misterios de Dios, no deben confundirse con los demas santos, por elevados que sean: para ellos debe haber una silla aparte en los tabernáculos eternos, así como la Iglesia de la tierra los venera con una especialidad, y les tiene reservado un rango particu­lar en la série de sus recuerdos. Tales son, por ejemplo, los primeros campeones de la celeste milicia, el precursor santo del Hijo de Dios, el discípulo amado, el apóstol de la primacia, el padre representativo de la persona del Verbo en la tierra, y tal es tambien su abuelo natural, cuya memoria celebra la Iglesia. Despues de la Madre Virgen, que llevó en sus entrañas purísimas y alimentó en sus pechos virginales al Hombre Dios, el santo mas naturalmente llegado á Jesucristo, es el bienaventura­do Joaquin. La santidad no admite comparaciones odiosas como las nota­bilidades humanas, que la una suele engrandecerse con detrimento de la otra. Dios solo es el que penetra en el santuario del corazon, y él solo decide de lo que vale cada una de las criaturas á su presencia: y dejan­do aparte aquella que por un escojimiento especial y por la divina ma­ternidad á que estaba destinada, reunió en sí sola desde el primer mo­mento de su sér el cúmulo de todos los dones y de todas las gracias, no es decoroso comparar santidad con santidad entre los que forman la crea­cion inmortal de los justos. Diremos, sin embargo, que si José es el único grande por ser el depositario de los mas altos misterios de Dios, el cus­todio de la virginidad de María y aquel á quien Jesus quiso llamar pa­dre, y obededer delante de los hombres, títulos cuya eminencia se pierde para nosotros en la region de lo infinito; Joaquin aparece como el único grande, como el último eslabon de la gran cadena de justos de quien ha­bia de nacer naturalmente la Madre del Salvador, y como el único cuya sangre pura debía correr por los miembros adorables de su divino Nieto. Por manera que, si aquel se presenta grande en el órden de la gracia, éste se presenta no menos grande en el órden de la gracia que en el de la naturaleza. Esposo santo de una santa esposa, descendientes tambien de reyes, debía ser el tronco de aquella familia sagrada que resplande-

ce en la plenitud de los tiempos, y en la cual se verificaron los designios eternos de Dios sobre el linaje humano: géfè y patriarca de la trinidad de la tierra, cuyos miembros naturalmente se enlazan, Joaquin, María, Jesus. El fruto privilegiado que se produjo de aquellos santos viejos, fué un prodigio ya en el seno de su santa madre, como había sido un prodigio en su concepcion, depurada de toda humana flaqueza, y cumplida por inspiracion del cielo. La gracia santificó, por decirlo así, la natura­leza en los dos santos esposos; aquella union casta dió el sér á la que ha­bia en cierto modo de nivelarse con Dios, tanto como puede estarlo la cria­tura, pues la maternidad de María en la tierra es figura de la paternidad de Dios en el cielo. Joaquin sostuvo sobre sus rodillas y estrechó contra su seno á la niña María; le prodigó las caricias y todos los cuidados paterna­les. Figurémonos al santo anciano inundado de gozo, al padre de María estrechando entre sus brazos á la que había de dar á luz al deseado de las naciones y de los siglos, y asombrados de tan encumbrada dignidad, exclamarámos como la Iglesia: *¡ Oh beatum par! ¡ Oh pareja sin igual! ¡ Oh felicisimos esposos, que disteis el sér á la mas dichosa, á la mas bella, á la mas grande de todas las criaturas!*

No sobrevivió por mucho tiempo Ana á su esposo, y pocos años des­pues de su vuelta de Jerusalem, murió á la edad de setenta y nueve años. Su vida, como un fruto maduro, cayó en la eternidad. Abrasado su co­razon con las puras llamas del amor divino, suspiraba ya por el descanso eterno en la posesion de Dios; y consolada con ver los progresos que en sabiduría y santidad hacia su hija querida, durmióse en el seno de los justos, y en realidad llama la Iglesia *dulce sueño* á la muerte de Santa Ana, para significar la suavísima paz de su dichoso tránsito.

Muchos años despues trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Virgen, en el valle de Josafat, donde se visita hoy el de Santa Ana. El culto de la bienaventurada madre de María no tardó en establecerse, y es muy antiguo en el Oriente. Levantáronse altares en honor suyo en Jerusalem, y dos siglos atrás, se veian aún en la ciudad santa una hermosa y vasta iglesia que le estaba dedicada. Y en otra iglesia levantada sobre el sepulcro de la Madre de Dios, existia una capilla subterránea, á donde se bajaba entonces por una escalinata de pulido mármol, y en donde se encontraban dos mausoleos cortados en forma de altar, uno de los cuales había contenido en otro tiempo el cuerpo de Santa Ana.

En Constantinopla los dos Justinianos erijieron espléndidas basílicas á la gloria de la ilustre muger que fué la abuela de Jesucristo, segun la carne. Su fiesta era hasta de obligacion en el siglo XII, en todas las pro-

vincias de Oriente, que no habian caído aun en poder de los turcos; la piedad pública habia correspondido á la de los emperadores.

En Occidente no se descubren vestigios del culto de Santa Ana con todo el brillo de la historia, hasta el fin del siglo VIII. Por aquella época el papa Leon III hizo pintar en los ornamentos de la iglesia de San Pablo los principales pasos de San Joaquin y de Santa Ana, tales como los referia la tradicion. Pero con todo, los padres de la Virgen Maria no eran venerados entonces por medio de una fiesta pública y solemne, pues en la liturgia cristiana difícilmente se daba lugar á los santos del Antiguo Testamento. Pero habiéndose modificado algun tanto esta regla de disciplina, su fiesta quedó fijada para todas las iglesias del mundo el 25 de Julio, por el papa Clemente XIII. Por lo demas, la devocion de los pueblos se habia anticipado á la autoridad de los obispos y á la decision de la Silla Apostólica: Santa Ana era venerada en santuarios célebres en casi todos los pueblos de Europa; en Bélgica, en Austria, su nombre atraía á muchas peregrinaciones una multitud inmensa y recojida.

En Francia, como en España, Santa Ana es honrada desde tiempo inmemorial, y su culto es popular. La ciudad de Apt en la Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio César, se gloria de poseer muchos años hace una gran parte de los restos de la santa, que San Auspicio, su primer obispo, trajo de Oriente, y en 772 trasladó á la catedral el obispo Magnerico. La ciudad de Chartres recibió su cabeza, que le envió sobre el año 1205, Luis conde de Blois, compañero de armas de Baudoin de Flandes, en la expedicion de la Tierra Santa. La ciudad de Dijon la invocó públicamente, y obtuvo por su intercesion el quedar libre de una terrible epidemia en 1531, y como expresion de su reconocimiento, celebra el 26 de Julio con la misma solemnidad que el día de Pascua.

Pero el santuario mas famoso que tiene Santa Ana en Francia es el de Aury. Todos los bretones le visitan fielmente á lo menos una vez á la vida: no hay madre ni hermana que no haga voto de visitar la Iglesia de la gloriosa Patrona, por un hijo ó hermano en peligro; y no hay padre ni hermano, que libre del peligro y de la muerte, no cumpla religiosamente el voto formado para él. Movidos de puros sentimientos de gratitud, van á arrojarse sobre las ya gastadas losas de la iglesia de Aury, detrás de las negras rejas que parecen espesarse para proteger su piadoso recojimiento, en medio de las velas encendidas, símbolo de su devocion, debajo los ex-votos, las pinturas de naves, los mil trofeos de salud colgados por las paredes y por las bóvedas: maravilloso instituto

de la conciencia cristiana, que viene á buscar al pié de los altares la esplikacion del dolor, que viene á buscar un instante de reposo entre el sufrimiento de la vispera y el de la mañana siguiente, y consolarse de la duracion del destierro, pensando en las delicias de la patria.

En España tiene la santa esposa de Joaquin dedicados muchos templos, y su devocion es tambien generalizada y popular. Una de las iglesias mas antiguas que llevan su nombre, es sin duda alguna la colegiata de Santa Ana de Barcelona, que antiguamente fué de canónigos regulares del Santo Sepulcro, cuya ereccion data de mediados del siglo XII.

